



CAPÍTULO III

RECURSOS Y REDES FAMILIARES



Como se ha mencionado en capítulos anteriores, en la etapa de la adolescencia y la emancipación del joven adulto se pone a prueba el sistema familiar. Dichas condiciones pueden llegar con tal fuerza que “rompen con el equilibrio preestablecido por los padres; quienes hasta ese momento, marcaban las pautas; ahora, se abre paso a nuevas experiencias donde se requiere reajustar las reglas del juego” (Morales y Rivera, 2012, p. 49).

Dichas etapas traen consigo una serie de **desafíos prácticos**; de orden material, relacionados con la búsqueda de autonomía y los recursos financieros; **desafíos emocionales**, ligados a la maduración afectivo-cognitiva y la capacidad de manejar los retos en el plano personal; y **desafíos relacionales**, que se mueven en el ámbito del sistema familiar, de las relaciones de compromiso y la puesta en marcha de los recursos familiares (Olson y Defrain, 2006).

La vida universitaria conlleva, pues, una serie de ajustes donde no solo el individuo tiene la responsabilidad de promover los cambios, sino que la familia como sistema debe proporcionar el soporte para impulsarlos. La familia tiene la tarea de preparar a sus miembros para enfrentar cambios producidos en el exterior y en el interior; el sistema relacional de una familia se enfrenta a intensos cambios de uno o más de sus miembros, donde se modifica su funcionamiento (Morales et al., 2012) . Al no ser pasiva sino un sistema intrínsecamente activo, la familia frente a los cambios evidentes requiere un proceso de adaptación (Musitu, Buelga, Lila y Cava, 2001), es decir, la constante transformación de las interacciones y las reglas familiares que son capaces de mantener la continuidad de la familia y permitir el crecimiento de sus miembros.

Las familias se modifican en el tiempo; de ahí que como sistema, se ponga en acción para enfrentar cada nueva etapa. En ese sentido, requiere poner en marcha recursos propios para llevar a cabo los ajustes necesarios en vías de recuperar el equilibrio; dichos recursos pueden verse favorecidos por las relaciones que se establezcan en la familia; lo que según Morales y Rivera, (2012) está representado por sus recursos.

Autores como Trivette & Dunst (citados en Yeung, Lee, Lee & Defrain, 2012), mencionan que los **recursos familiares** se entienden como aquellas competencias y capacidades tanto de los miembros individuales como del grupo familiar que son utilizadas para hacer frente a situaciones de crisis y estrés, es decir, lo que los individuos o familias tienen para afrontar la situación, de tal manera que se hace posible hablar de recursos personales de los miembros del sistema familiar (conjunto completo de factores de personalidad, actitudinales y cognitivos)

y recursos propios de la familia (rasgos o características del sistema familiar en sí mismo) (Musitu, Buelga, Lila y Cava, 2001).

Rivadeneira (2013) enfatiza que el análisis de los recursos familiares se realiza principalmente en torno a dos enfoques: el del Modelo Internacional de las Fortalezas de la Familia y el Modelo Circumplejo. Cabe denotar que son distintos y diversos los términos implementados a la hora de hablar del tema de interés, motivo por el cual se asumen los términos de recursos familiares o fortalezas familiares para referirse a aquellos aspectos que posee la familia para hacer frente a las situaciones que se les presentan.

La autora, en ese sentido, menciona que bajo el enfoque de las fortalezas familiares de Stinnet & Defrain las fortalezas de cada familia son únicas y diferentes entre sí y entre culturas. Sin embargo, sostienen que existe también una similitud importante entre los recursos entre diferentes contextos culturales. En dicho modelo, mencionan Stinnet y DeFrain (2006) y Rivadeneira (2013), se identifican seis cualidades esenciales que se toman en consideración al hablar de fortalezas o recursos familiares:

- **Compromiso con la familia:** hace referencia a los esfuerzos de los miembros de la familia que se centran en el bienestar mutuo; autores como Donati (2003) y Borafull (2008) mencionan que dicho compromiso implica el sentirse parte de, donde el interés no solo se encuentra en las relaciones verticales (padre e hijos) sino también en las horizontales (entre hermanos) e incluso intergeneracionales.
- **Comunicación positiva:** implica la capacidad de la familia para desarrollar una comunicación adecuada, según Borafull (2008), con mensajes claros y congruentes. La comunicación es fluida y se goza de una eficaz capacidad de expresar realmente lo que sienten con precisión y, a la vez, capacidad de dialogar.
- **Aprecio y afecto:** relacionado con el invertir tiempo en muestras de cariño para los miembros de la familia; desde los aportes de Olson y Defrain (2006), Lyubomirsky (2008) y Borafull (2008), el compromiso se alimenta y fortalece con las muestras expresivas de aprecio, donde destacan los abrazos, besos, respeto, amabilidad, cumplidos, entre otros.
- **Tiempo compartido:** se refiere a la importancia dada a los espacios y momentos familiares; además, el bienestar espiritual, relacionado con el trascender más allá de los obstáculos y dedicarse a lo que se considere familiarmente sagrado y el manejo exitoso del estrés y la crisis (resiliencia), a partir de la creatividad y efectividad (Rivadeneira, 2013). El objetivo, mencionan Borafull (2005) y Gladding (2007), es fortalecer las relaciones, alimentar la unidad familiar,

compartir ideas, valores, sentimientos y construir identidades fuertes capaces de afrontar el cambio.

En la Tabla 1 se muestran las principales dimensiones que proponen diversos autores en el ámbito de las fortalezas familiares.

Tabla 1. Dimensiones de las fortalezas familiares (Defrain & Olson, 2006)

TEÓRICOS	DIMENSIONES
Otto (1962,1963)	Valores religiosos y morales compartidos, amor, consideración y comprensión, intereses, metas y propósitos comunes, amor y felicidad de los niños, trabajar y jugar juntos, compartir actividades recreativas específicas
Kantor & Lehr (1974)	Afecto, poder.
Stinnett, Defrain y Colegas (1977,19985,2002)	Aprecio y afecto, compromiso, comunicación positiva, tiempo compartido que se disfruta, bienestar espirituales, manejo exitosos del stress
Reiss (1981)	Coordinación, cercanía.
Curran (1983)	Unión, respeto y confianza, tiempo libre compartido, intimidad valorada, comidas compartidas, responsabilidad compartida, rituales familiares, comunicación, afirmación mutua, amor religioso, humor/juegos.
Billingsley (1986)	Fuertes lazos familiares, fuerte orientación religiosa, aspiraciones/logros educativos.
Olson, McCubbin, Barnes, Larson, Muxen & Wilson (1989); Olson & Olson (2000)	Matrimonio fuerte, alta cohesión familiar, buena flexibilidad familiares, solución efectivas del stress y la crisis, comunicación positiva de pareja y familia
Kryson, Moore & Zill (1990)	Compromiso con la familia, tiempo compartidos, promoción de los individuos, capacidad de adaptación, roles claros, comunicación, orientación religiosa, conexión social.
Beavers & Hampson (1990)	Interacción centrípeta/centrífuga, cercanía, coaliciones parentales, autonomía, adaptabilidad, poder igualitario, negociación dirigida a metas, capacidad para resolver conflictos, claridad de expresión, gama de sentimientos, apertura a otros, empatía, comprensión
Epstein, Bishop, Ryan, Ller & Keitner (1993)	Involucramiento afectivo, control del comportamiento, comunicación

Todas las familias tienen fortalezas, de tal manera que la importancia radica no en la estructura sino en las funciones que se encuentran en ellas. Las fortalezas familiares se desarrollan con el tiempo, a partir de lo cual se tiene la posibilidad de aprender de las nuevas experiencias y desplegar o adquirir recursos a medida del tiempo (DeFrain, Asay & Geggie, 2010).

Por otro lado, el segundo modelo que se expone y que se desarrolla en torno a las fortalezas o recursos familiares es el Modelo Circumplejo de la Familia, impulsado por Olson, Russel & Sprenkle (1979). Este modelo propone ver los recursos familiares bajo tres dimensiones claves: la cohesión, la flexibilidad y/o adaptabilidad y la comunicación.

Los recursos hacen referencia al conjunto de variables internas que tienen como objetivo facilitar el desarrollo de la vida del individuo y la familia, para afrontar las crisis y adversidades, del ciclo vital por el que estén atravesando (Morales et al., 2012). Los recursos no son estáticos ni inamovibles; por lo tanto, las experiencias y capacidades que se adquieren a lo largo de la vida los potencializan.

El cariño, afecto, apoyo emocional y la existencia de un orden familiar con límites claros y razonables son elementos que favorecen los procesos de interacción, cohesión, flexibilidad, comunicación y la capacidad de resolver problemas (Pereyra, 2011); son recursos que la familia implementa para favorecer el paso por una etapa del ciclo vital a otra. Así, el sistema familiar también se puede edificar como aquel entorno donde el individuo encuentra los recursos necesarios para afrontar las situaciones específicas que estén atravesando, por lo cual supone la interacción de recursos, percepciones y comportamientos o patrones de respuesta en la familia y sus miembros, donde se ve implicada una organización flexible de habilidades cognitivas, sociales y conductuales (Musitu, Buelga, Lila y Cava 2001).

Para lograr este objetivo, las familias recurren a distintas estrategias que les permiten gestionar los recursos humanos y materiales con el objetivo de promover la adaptación a entornos materiales y sociales. Los recursos tácticos de las estrategias son los que pueden activar los miembros de las familias; los bienes que controlan y las actividades que pueden realizar.

Hernández (2003) coincide con Arteaga (2007) en mencionar que la comprensión de la estrategia en el sentido de las acciones que se generan en pro de la adaptación, se refieren principalmente al:

[...] esfuerzo específico, abierto o encubierto por el cual los individuos o una familia como grupo intenta reducir una demanda o exigencia. Las estrategias de afrontamiento pueden agruparse en patrones, como los que

orientan directamente a mantener la cooperación y la integración familiar” (Hernández, 2003, p.57).

Una de las estrategias que propone esta autora está relacionada con lo que ella denomina Reestructuración: habilidad para redefinir las experiencias estresantes de manera que sean más aceptables y manejables, gracias a la confianza de la familia en su propia capacidad para manejar los problemas. Se habla entonces, del significado y/o evaluación que la familia le atribuye a una situación estresante, lo cual permite o no ver los eventos de estrés como aceptables y comprensibles. De esta manera, la forma en que la familia percibe la situación influye en cómo la afrontan y en sus respuestas (Musitu et al., 2001).

De acuerdo con lo anterior, los recursos y las estrategias se convierten en una base fundamental en las familias para prevenir los conflictos, fomentar lazos afectivos y favorecer el bienestar y ajuste emocional de sus miembros, a través de las diferentes etapas propias de su ciclo evolutivo.

Justamente, uno de los momentos más decisivos en este ciclo evolutivo de las familias representa el momento en que los hijos/as toman decisiones trascendentales en sus vidas, como es el tipo de profesión que desean desempeñar. Es por esto que la entrada a la universidad representa un momento crucial en el que se ponen a prueba todas estas estrategias y recursos que habrán de activarse para manejar esta etapa.

Las capacidades de afrontamiento de las familias, frente a los conflictos propios de su ciclo vital, varían a lo largo del tiempo como resultado del estresor, la severidad del mismo, la acumulación de otras demandas, la cantidad de perturbación en el sistema familiar y la disponibilidad y uso de los recursos intrafamiliares y comunitarios para superar los nuevos cambios en el ciclo vital (Sierra y Ruano, 2000).

Las familias llegan a ser una identidad en sí misma, debido a que la naturaleza interaccional del afrontamiento es más importante en la mirada unitaria de la misma. La coordinación entre los miembros familiares surge como una variable crítica; algunas estrategias específicas pueden ser más importantes que otras, especialmente en momentos concretos del ciclo vital.

Corral y Zallas (2014), en relación con lo anterior, afirman que la familia juega un papel importante en esta etapa, dado que aunque reúna los requisitos de admisión, esté motivado y posea los ingredientes básicos para el aprendizaje, el joven universitario no deja de desvincularse de su entorno familiar, social y cultural en el que ha crecido y se ha desarrollado; ese equipaje lo acompaña en

su vida universitaria. Ahí conserva las herramientas positivas o negativas que ha aprendido para enfrentar las situaciones del diario vivir. Si sus relaciones de familia y experiencias con ella han sido positivas y saludables, es probable que cuenten con redes de apoyo sólidas que pueda desarrollar nuevas amistades, establecer buenas relaciones con sus profesores y su entorno.

Se concluye que un ambiente familiar que da la suficiente importancia al estudio, a las tareas en equipo, al tiempo que se pasa en la universidad y apoya al joven en su proceso académico, estimulando sus capacidades y habilidades, se convierte en un soporte fundamental, que puede activar con rapidez todos los recursos y estrategias económicas, sociales, emocionales y culturales necesarias (Centro Nacional de Educación y Estadísticas de los Estados Unidos, 2012).

Autores como Delage (2010), en otro orden de ideas, muestran que existe una serie de elementos consteladores de recursos familiares que favorecen los cambios del ciclo vital; el proceso de **adaptación y flexibilidad** frente a las circunstancias presentes con el ingreso del hijo/a a la vida universitaria. El sistema familiar, como lo dicen Musitu, Buelga, Lila y Cava (2001), además de una posible fuente de estrés para el joven universitario también es un entorno donde el individuo encuentra los recursos necesario para afrontar la situación específica que se está atravesando, por lo cual supone la interacción de recursos, percepciones y comportamientos o patrones de respuesta en la familia y sus miembros. Ahí se ve implicada una organización flexible de habilidades cognitivas, sociales y conductuales.

La primera de ellas es del orden de lo cognitivo. El autor la define como las creencias de las familias, según las cuales a pesar de cualquier situación por traumática que sea, siempre es posible salir adelante; dicha creencia forma parte del conjunto de consideraciones que tiene la capacidad de animar la vida familiar. El segundo elemento que menciona Delage (2010) se refiere a la posibilidad de tener cierto dominio de la situación; al comienzo, todos los integrantes de la familia pueden estar un poco desconcertados con todos los cambios y nuevas dinámicas de horarios y responsabilidades propias de la vida universitaria y sus implicaciones para todo el sistema familiar, pero cuando ella puede encontrar nuevas rutas y adecuaciones en la vida en general, dichas acciones constituyen un comienzo de sosiego físico y emocional que, a su vez, fortalece la capacidad de acción y de control. Lo anterior supone:

[l]a capacidad de la familia para mantener o restablecer un funcionamiento organizando, aun cuando esta organización difiere de la que existía anteriormente. La familia debe poder continuar ejerciendo sus funciones, aunque a menudo esto implique cambios en los roles correspondientes a cada miembro (Delage, 2010, p. 95).

Es justo en esta etapa de hijos/as en periodo de emancipación, en la que se enfrenta un cambio significativo en sus vidas, cuando se hace necesario que los padres hagan una adaptación al estilo disciplinario. Así, se pasa de la autoridad unilateral a la reciprocidad en el trato con los hijos/as, en donde la negociación y cooperación juegan un papel protagónico.

La flexibilidad implica tener la capacidad familiar de incorporar estilos democráticos, más propicios para el desarrollo de la personalidad de los hijos/as y el apoyo frente a sus capacidades en el contexto universitario. De esta forma, las normas y reglas familiares que se habían utilizado, incluso con buenos resultados, deben ser replanteadas y negociadas con los hijos/as en un marco de afecto y apoyo en donde las expectativas de los padres son expresadas de manera clara en un balance entre el control y la autonomía.

Según Inglés et al. (2012, p. 179), se dota paulatinamente al hijo/a de mayor independencia; cuando los padres promueven en ellos las oportunidades para “la potenciación de recursos psicológicos tan importantes como la autoestima y la empatía, la percepción de autovalía, el aprendizaje de estrategias adecuadas de resolución de conflictos y la motivación intrínseca por los éxitos y responsabilidades asumidas”.

Con González (2000), Schmidt (2001) y Rivadeneira (2013), es posible afirmar que la adaptabilidad y/o flexibilidad son las habilidades del sistema familiar para modificar las estructuras de poder, los roles y las reglas de relación, en respuesta al desarrollo evolutivo vital de la familia o al estrés provocado por diversas situaciones concretas, como en este caso, el ingreso del hijo/a mayor a la universidad. Según Mendizábal y Anzures (1999, p.3):

Se requiere flexibilidad para respetar las diferencias individuales y facilitar la adaptación del sistema ante las demandas de cambio, tanto las internas (las propias del desarrollo y otras como enfermedades, muerte de algún miembro, etcétera) como las externas que se originan en modificaciones ambientales. Cuando el grado de flexibilidad es adecuado, la familia cuenta con un repertorio conductual suficiente para emplearlo en la solución de sus problemas.

Por tanto, la adaptabilidad o flexibilidad está referida al grado en que la familia es capaz de modificarse para afrontar, en este caso, el ingreso del hijo mayor a la universidad. Schmidt (2001) afirma que estos aspectos se generan según las estructuras de cada familia, mediadas por cuatro niveles: familias rígidas, estructuradas, caóticas y flexibles. Lo anterior presupone el modo en que

se organizan las familias, las cuales presentan unas determinadas características y permiten esbozar sus niveles de adaptación y flexibilidad.

Como plantea Rivadeneira (2013), los extremos se visualizan con tendencia a la disfuncionalidad (familias caóticas y rígidas); en tanto que aquellas familias ubicadas en los niveles moderados (familias flexibles y estructuradas) se relacionan con un mejor funcionamiento familiar. La flexibilidad se vincula, pues, con los conceptos de negociación, retroalimentación, control, disciplina, asertividad, roles y reglas.

A propósito de la adaptabilidad y flexibilidad de la familia, ella teje **redes** de apoyo tanto intra como extrafamiliares. Al ser considerada con sus propias fortalezas, recursos y capacidades de adaptación a las circunstancias, se puede comprender que ella se cimienta en un entramado particular de miembros familiares; se evidencia un conjunto de elementos en interacción, donde la interconexión existente entre todos los elementos del sistema representa que los cambios y conflictos que viva un individuo afectan al grupo en su totalidad y viceversa. Dichas relaciones, señalan Rivera y Andrade (2010), dan cuenta de la percepción que se tiene del grado de unión familiar, del estilo de la familia para afrontar problemas, para expresar emociones, manejar las reglas de convivencia y adaptarse a las situaciones de cambio.

En ese sentido, la familia como sistema de interacción representa un eslabón de unas cadenas de más sistemas, puesto que participa de manera permanente con otros sistemas y subsistemas tanto al interior como al exterior de la familia. Lo anterior da cuenta del esquema de redes, pues supone la capacidad de contención que puede brindar dicha interacción para convertirse en fuente de ayuda para miembros del sistema familiar.

El término de red se utiliza para definir una estructura que cuenta con un patrón característico, es decir,

[d]onde diversos individuos mantienen distintos tipos de relaciones entre las que predominan las familiares, de amistad, de intercambios de conocimientos, costumbres y estilos de vida, relaciones de trabajo, originadas fundamentalmente a través de la convivencia y mediante la participación en las diferentes actividades socioculturales que se realizan en su contexto (Merelo, 2004, p.7).

La red está conformada por nodos y vínculos, donde se constituyen relaciones que favorecen su estabilidad y permanencia, ya que entrelazan a cada elemento de la estructura que la conforma, manteniéndolos así vinculados unos con otros (Acevedo y Padilla, 2003).

Las redes, propone Sluzki, (2002), cumplen una serie de funciones relacionadas con varios aspectos, como por ejemplo la compañía y apoyo emocional, es decir, aquel que se brinda en situaciones especiales tales como la pérdida de un familiar, enfermedades, entre otros; son aquellos intercambios que connotan una actitud emocional positiva, un clima de comprensión, simpatía, empatía y resonancia emocional. Es la guía cognitiva o consejos, entendida como las interacciones destinadas a compartir información personal, aclarar expectativas, proveer modelos y orientación hace referencia al intercambio de experiencias, la transmisión de información y los consejos.

Por último, la ayuda material y de servicios, en tanto que puede significar la colaboración específica sobre la base de conocimiento experto, ayuda de diversa índole, o incluso la apertura de puertas para conexión con personas y redes que hasta entonces no eran parte de la red del individuo y la familia.

Según Castillo, (2014), la familia reviste una importancia fundamental en las dinámicas de vida de los jóvenes, ya que es la fuente primaria a la que ellos acuden para solicitar apoyo económico y moral; en el espacio familiar se crean y establecen redes sociales de apoyo que funcionan como amortiguadores ante los cambios que se producen en las trayectorias del curso de la vida de los jóvenes. Asimismo, según la autora, además de ser garante de recursos económicos y bienestar simbólico y social, también es el escenario donde se construyen relaciones de poder que comprometen en muchas ocasiones el desarrollo de la autonomía de los jóvenes.

Uribe, (2012), menciona que “la familia se integra como una red que tiene fortalezas que ofrecer, en cuanto se convierte en el núcleo central del desarrollo de las relaciones entre sus miembros”(p. 55). La familia ampliada ofrece un entorno de relación que con frecuencia desempeña un papel protector por su contribución al cuidado y formación de los miembros más. En este sentido, se entiende la manera en que las redes pueden operar como recursos del sistema familiar en el afrontamiento de muchos cambios que supone la entrada del hijo/a a la universidad.

Cuando se habla de recursos familiares resulta imperioso referirse a la influencia que tienen las redes sociales en el funcionamiento y las fortalezas que se posean. Según Palacios, Hidalgo, y Moreno (1998), las redes de carácter social se refieren a los contactos sociales que mantienen los miembros de la familia:

La función básica de las redes de apoyo extra familiares consiste en las acciones de solidaridad que faciliten el cuidado y crianza de los hijos y compensen las deficiencias del sistema familiar. Están constituidas por miembros de la familia extensa, amigos y vecinos que puedan proporcionar ayuda. Dentro de nuestra sociedad trasciende su importancia en las familias pobres, donde

las carencias se compensan mediante el intercambio recíproco de bienes, servicios y apoyo moral (Mendizábal y Anzures 1999, p. 7).

De forma tradicional se distinguen dos tipos de redes sociales: las formales e informales. Las primeras se encuentran formadas por profesionales o especialistas organizados *a priori* para ofrecer ayuda, apoyo específico y asistencia a los miembros de la familia. Las redes informales, por su parte, incluyen a personas (amigos, familiares, vecinos) y grupos sociales (iglesia, clubes deportivos, clubes sociales) (Polaino y Martínez, 2003).

La red social puede ser definida, entonces, como la suma de todas las relaciones que un individuo percibe como significativas (Sluzki, 2002). Esta red corresponde a la dimensión interpersonal y es una de las claves centrales de la experiencia individual de identidad, bienestar, competencia y protagonismo. La importancia de este tipo de redes, menciona Comellas (2010), radica en que ofrecen la posibilidad de construir conocimientos conjuntos que pueden tener una incidencia a mediano o largo plazo por un lado, y en la facilitación de ayuda emocional, el compartir experiencias y potenciar la comunicación mediante la retroalimentación.

3.1 Recursos, estrategias y redes familiares que emergen con el ingreso del hijo/a mayor a la universidad

Gracias al aporte de diversos autores a lo largo del texto, es posible identificar para el caso de las familias participantes de la investigación, cinco grandes aspectos que representan las formas como la dinámica familiar está favoreciendo esta nueva experiencia para los jóvenes.

La primera de ellas está referida al apoyo en el campo de lo académico que reciben los hijos/as de parte de sus padres y familiares, manifestado en asuntos como ayuda en tareas, gestión ante las dificultades que se presentan en los compromisos académicos y apoyo en los procesos de adaptación al ámbito universitario.

El segundo aspecto identificado es el relacionado con las condiciones materiales. En este aspecto se encuentra que los padres y familiares despliegan una serie de apoyos para favorecer las condiciones más adecuadas para los hijos/as, en asuntos como la movilidad, el pago del semestre y todas las actividades extracurriculares que enriquezcan su formación. Para dar cuenta de esto, realizan esfuerzos económicos para comprar vehículos, gestionar préstamos con el Ictex y, en general, recurrir a varias estrategias para obtener el dinero del pago de la matrícula.

El tercer hallazgo de las dinámicas familiares favorecedoras para el universitario está relacionado con el acompañamiento emocional al joven,

manifestado en asuntos como la confianza, estímulos y consejos. Se identifica allí una serie de manifestaciones afectivas en relación con el estímulo y reconocimiento de parte de los padres, por lo que consideran un logro importante que les llena de esperanza frente a las posibilidades futuras para el joven.

El cuarto componente que aparece en la investigación como un factor favorecedor es la aceptación y flexibilidad de los padres, frente a las nuevas experiencias del joven. En este hallazgo se despliega una serie de aspectos relacionados con la comprensión del mundo social del joven frente a las nuevas oportunidades de interactuar con sus compañeros de universidad en otros ámbitos distintos al académico. También figura la flexibilidad de los integrantes de la familia para compartir tiempos y espacios en familia, en tanto que se van acomodando sin reproches a la disponibilidad de tiempo del universitario. Finalmente, se identifica que los padres reconocen las demandas de independencia y autonomía del joven, como algo positivo para él en su proceso de maduración.

Las experiencias previas de los padres es el quinto aspecto hallado como factor favorecedor, en tanto que su recorrido universitario se convierte en una experiencia que posibilita un marco amplio de comprensión y apoyo frente a las dinámicas propias del joven universitario.

Frente a los resultados en relación con los factores no favorecedores, se identificaron algunas situaciones en vía contraria a lo que se encuentra en otras familias como factor favorecedor. Es el caso del bajo apoyo al proceso académico, evidenciado en reproches y descalificaciones de lo académico, los horarios y rutinas propias de la vida universitaria.

Otro factor registrado en las familias como un aspecto no favorecedor tiene que ver con la tensión ocasionada en la familia con respecto al proceso de individuación y autonomía del joven; este hallazgo se identifica específicamente alrededor de tres elementos: el primero tiene que ver con los tiempos y espacios, en tanto que los padres reclaman y no aceptan las nuevas dinámicas del joven por la menor disponibilidad para compartir algunas actividades que eran habituales antes de su entrada a la universidad. El segundo aspecto vinculado con la rigidez de las normas y reglas familiares, que se pretenden conservar iguales, pese a que la condición del hijo/a sea distinta y tenga otras necesidades de individuación. En este horizonte, se encuentra que los hijos/as tienen que continuar bajo el control y vigilancia por parte de los padres, reportando en toda situación qué hacen, con quién, en dónde, etc.

Finalmente, se identifica que los padres tienen miedos y preocupaciones frente a lo que consideran “peligros” del mundo actual, lo cual opera como una de los factores que incide en esta condición de baja flexibilidad.

En este sentido, comprender los cambios en la dinámica familiar con la entrada del hijo/a mayor a la universidad, implica considerar un panorama amplio en relación al ciclo evolutivo en el que se encuentra; es decir, tendrá que verse a la luz de los procesos de individuación y autonomía propios de este momento evolutivo de la familia, en la que la entrada a la universidad opera como uno de los factores configuradores de los cambios.

Según Ríos (2005), el ciclo vital familiar es el proceso de evolución esperable en una familia que proporciona una descripción general de los retos y problemas típicos de una fase; al mismo tiempo, propone una perspectiva de evolución que permite encuadrar la situación de la familia dentro de su propio marco evolutivo. De esta forma, referirse al ciclo vital implica considerar el pasaje de una etapa a otra en un continuo cambio. Según García y Estremero (2003), son etapas cualitativas diferentes entre sí e implican tareas evolutivas, ya que no pueden responder a todas ellas de la misma manera.

Ahora bien, el paso de una fase a otra supone algo más que un cambio cuantitativo; se entiende que desplazarse a una nueva etapa exige siempre una verdadera transformación del sistema familiar. Es ahí donde las crisis que emergen de este cambio podrían permitir obtener nuevos recursos para su crecimiento.

Uno de los momentos más decisivos en este ciclo evolutivo de las familias representa el momento en que los hijos/as toman decisiones trascendentales en sus vida, como es el tipo de profesión que desean desempeñar en la vida. Es por esto que su entrada a la universidad representa un momento crucial en el que se ponen a prueba todas estas estrategias y recursos que habrán de activarse para ser soporte en esta etapa.

Corral y Zallas (2014) afirman que la familia juega un papel importante en esta etapa, dado que aunque reúna los requisitos de admisión, esté motivado y posea los ingredientes básicos para el aprendizaje, el joven no deja de desvincularse de su entorno familiar, social y cultural en el que ha crecido y se ha desarrollado; ese equipaje lo acompaña en su vida universitaria. Ahí conserva las herramientas positivas o negativas que ha aprendido para enfrentar las situaciones del diario vivir. Si sus relaciones de familia y experiencias con ella han sido positivas y saludables, es probable que cuenten con redes de apoyo sólidas que pueda desarrollar nuevas amistades, establecer buenas relaciones con sus profesores y su entorno.

En este sentido, la dinámica familiar puede ser favorecedora y configuradora de recursos que se activan cuando ha venido pasando por una serie de crisis propias de su ciclo evolutivo y que pueden favorecer, en este caso, los ajustes del sistema familiar frente a la entrada del hijo/a mayor a la universidad. En esta línea, se

encontraron en esta investigación cinco grandes categorías que responden a la pregunta por los factores favorecedores y los recursos de los que se vale el sistema familiar para favorecer la experiencia universitaria del hijo/a mayor.

“Mi mamá siempre está pendiente de lo que yo necesito”. Una de las categorías emergentes en la línea de los aspectos favorecedores, que el sistema familiar está propiciando para el joven universitario, es el Apoyo académico. Investigaciones realizadas por Castillo (2014) han demostrado que la familia reviste una importancia fundamental en las dinámicas de vida de los jóvenes, ya que es la fuente primaria a la que ellos acuden a solicitar apoyo económico y moral, es el espacio familiar en el que se crean y establecen redes sociales de apoyo que funcionan como amortiguadores ante los cambios que se producen en las trayectorias del curso de la vida de los jóvenes. Asimismo, según esta autora, el sistema familiar es garante de recursos económicos para el bienestar simbólico y social. Este apoyo, para el caso de la investigación, se vio reflejado en varios aspectos: ayuda en asuntos académicos, gestión ante dificultades y apoyo en los procesos de adaptación del joven en su proceso universitario.

La ayuda en los asuntos académicos se ve reflejada en la disposición permanente de los padres; así lo manifiesta una de las hijas participantes de la investigación:

Mi mamá siempre está pendiente de lo que yo necesito, saca el tiempo y hace el esfuerzo de mirar en qué necesito ayuda o algo...

Los padres también manifiestan su compromiso desde sus saberes y experticias, como en el siguiente caso:

Lo apoyamos en cuanto a trabajos... hay temas que de pronto conocemos y que por nuestra experiencia le hemos ayudado en cosas...

Uribe (2012, p. 55) comenta al respecto que “la familia se integra como una red que tiene fortalezas que ofrecer, en cuanto se convierte en el núcleo central del desarrollo de las relaciones entre sus miembros”; la familia ampliada ofrece un entorno de relación que con frecuencia desempeña un papel protector y de apoyo académico, en especial en los primeros semestres en el que el joven se estrena en todos los aspectos de la nueva experiencia universitaria. A continuación se presentan los principales aspectos identificados para el caso de estas familias, para ello se utilizan a manera de subtítulos, apartes de las entrevistas o grupos focales, que sirven como ilustración del recurso y/o estrategia y/o red.

“...entonces mi mamá me dijo, hay que buscar asesoría con alguien...” Los padres representan apoyo en la gestión de contactos y asesores

cuando el joven universitario presenta dificultades en algunas áreas, como lo muestra los siguientes testimonios:

Hace poquito tenía que hacerle una entrevista a unos docentes, entonces mi papá buscó en la universidad en la que él trabaja... muchos compañeros tuvieron que ir a buscarlas por sí solos a otras universidades que no conocían, entonces es muy difícil, en cambio mi papá estaba ahí como pendiente para ayudar.

Entonces mi mamá me dijo: “hay que buscar asesoría con alguien”...en esas llamó a un muchacho que me explicó y ya salimos del problema.

Mendizábal y Anzures (1999, p. 7) afirman que “la función básica de las redes de apoyo extrafamiliares consiste en las acciones de solidaridad que facilitan y compensen las deficiencias del sistema familiar. Están constituidas por miembros de la familia extensa, amigos y vecinos que puedan proporcionar ayuda”.

Así, queda en evidencia que uno de los recursos de los que se valen los padres para apoyar al joven en sus asuntos académicos pasa por la activación de sus redes sociales a nivel laboral o vecinal, cuando los propios conocimientos no resultan suficientes para apoyar.

Otra de las formas desde las cuales se presenta este apoyo al proceso académico está dada por el acompañamiento para la adaptación. Autores como Delage (2010) muestran que existen una serie de elementos consteladores de recursos familiares que favorecen, para este caso, de los cambios familiares que supone la entrada del hijo mayor a la universidad, el proceso de adaptación y flexibilidad a las nuevas circunstancias.

Al comienzo, todos los integrantes de la familia pueden estar afectados con los cambios y nuevas dinámicas propias de la vida universitaria, con las consecuentes implicaciones para todo el sistema familiar. Pero cuando la familia puede encontrar nuevas rutas y adecuaciones en la vida familiar en general, se fortalece la capacidad de acción y de control.

Un asunto que se identificó en ese aspecto es el relacionado con el reconocimiento de las nuevas necesidades del joven en su cotidianidad, máxime cuando se trata de estudiantes que viven en municipios aledaños a la universidad:

*Yo tengo que adquirir una serie de responsabilidades en la universidad y ellos están conscientes de que yo estoy viajando y tengo que aprender más cosas, **entonces ellos también tratando como de enseñarme cosas del entorno.***

Yo le dije a mi mamá: “necesito hacer esto y tengo muy poco plazo para hacerlo”; yo le dije: “voy a hablar con mi abuela para quedarme en la casa” y ella aceptó, o sea, ella sí estaba consciente de mi trabajo”.

Para González (2014), en las familias se generan unas redes que desempeñan funciones básicas para la supervivencia de sus miembros, considerando que ellos se mueven en un marco de reciprocidad. Por este motivo, alrededor de esta característica de la dinámica familiar, puede entenderse cómo puede operar para la solución de problemas individuales o grupales.

Así, este apoyo económico se manifiesta en la responsabilidad que asumen los padres por el pago de la matrícula y otros gastos colaterales, como la movilidad, lo que es muy significativo para el joven:

Como acá el transporte es muy malo y mis papás se mantienen muy ocupados, entonces, hubo esa necesidad de comprarme un carro.

Desde que ella entró a la universidad, apareció el papá para apoyarla económicamente; ella me dijo: abuela, mi papá me está dando mucha ayuda económica para la universidad...

Para muchas familias, este apoyo económico implica valerse de diversas estrategias; así lo muestra los siguientes testimonios de unas madres:

*Nosotros vivimos con la abuela, para poder alquilar la casa que tenemos y entonces **con eso vamos ayudando a pagar las cuotas mensuales.***

*Por eso **solicité al Icetex** porque yo sabía que nos íbamos a apretar económicamente; si yo no iba a trabajar yo no podía, entonces fue un gran apoyo también.*

En este sentido, se podría decir que la dinámica familiar conforma un tejido social que articula a sus integrantes en diversas estrategias y alianzas para favorecer un propósito de uno de ellos, en este caso el hijo/a, y se constituye en una red vinculante, tanto en su propia organización como con otros grupos familiares y con el mundo social e institucional. De este modo, se puede decir que la dinámica familiar define la pertenencia al grupo parental, establece los derechos y obligaciones según género, generación y parentesco (Yepes y López, 2014).

“...me dice que yo soy muy creativo”. Es la tercera categoría emergente en los resultados con respecto a los factores favorecedores; ella se manifiesta en la

confianza, estímulo y los consejos de los padres y familiares hacia sus hijos/as en pro del buen desarrollo académico.

Este acompañamiento emocional puede definirse como una forma de relación que se construye desde lo cotidiano, desde la cercanía emocional, el apoyo, la armonía y la cohesión (Rivera, 2015).

Según Pereyra (2011), la importancia del cariño, el afecto, el apoyo emocional y la existencia de un orden familiar con límites claros y razonables es visto como una serie de recursos que favorecen los procesos de interacción, cohesión, flexibilidad, comunicación franca y la capacidad de resolver problemas. Es el caso de un hijo para quien sus padres representan un punto de apoyo importante en su proceso académico, por confianza que recibe de ellos:

*Mis papás me dan **apoyo anímico cuando estoy desanimado** o como perdido; ellos me apoyan para que busque la manera de hacer y entender las cosas.*

*yo creo que ellos **me tienen mucha confianza** porque uno trata de ser responsable, porque como mi papá es profesor de universidad, entonces yo creo que él conoce todos los casos de los tipos de estudiantes que hay...*

También para los padres, la entrada del hijo/a a la universidad supone una ocasión de progresar en la vida y tener acceso a mayores oportunidades laborales. Así lo muestra un hijo:

*yo creo que los papás se llenan sentimentalmente como de esperanza, entonces yo pienso que **ellos están más pendientes**, porque ven al hijo como bien puesto, que eligió un camino, es como una esperanza de cambio ...*

Para otras familias, el ingreso de la hija a la universidad, representa la oportunidad de asumir un acercamiento afectivo hacia ella, lo cual tiene un alto impacto, según lo relata la abuela:

abue, lo que yo más anhelaba era lo afectivo, que mi papá me felicitara, que mi papá me diera un abrazo... le ha ayudado la cercanía con el papá ahora que está en la universidad.

La constitución del vínculo afectivo, dice Jiménez (2003), implica que los padres cumplan unas determinadas funciones en las que se produzca un acercamiento y acompañamiento mutuo. Los vínculos afectivos entre padres e hijos/as, pueden representar un soporte emocional fundamental para los estudiantes en esta etapa universitaria.

Para Sluzki (2002), algunas de las funciones parentales más favorecedoras para el joven universitario están en relación con varios aspectos, como la compañía y apoyo emocional, es decir, “intercambios que connotan una actitud emocional positiva, clima de comprensión, simpatía, empatía, estímulo, la resonancia emocional y la buena voluntad del otro” (p. 49).

Sin embargo, no siempre estas funciones de apoyo emocional son asumidas por los padres. En algunos casos como el siguiente, ese apoyo se recibe de parte de personas que hacen parte de la red familiar, como el caso de un tío:

*pues mi tío es el que más me apoya, **me dice que yo soy muy creativo**, con muchas ideas...que explote eso, que salga adelante... ese es como mi impulso, entonces yo quiero ser mi propio empresario.*

Otras de las funciones de esta red familiar está relacionada con lo que Sluzki (2002) denomina guía cognitiva o consejos, entendidas como las interacciones destinadas a compartir información personal, aclarar expectativas, proveer modelos y orientación. Los siguientes testimonios de un joven y una joven así lo evidencian:

*Mi tío cumple la función de padre, **está muy pendiente de mi aconsejándome** que me junte con personas que me hagan bien, o sea, es como el que aconseja, el que está pendiente.*

Ella me apoya mucho, yo le cuento todo y lo bueno es que como ella también entró a estudiar en la universidad, entonces me aconseja mucho más.

La ayuda material y de servicios también representa una manera de accionar de la red familiar, en tanto que puede significar colaboración específica sobre la base de conocimiento experto o ayuda de diversa índole, es decir, el sistema familiar facilita las condiciones en asuntos relacionados con servicios, horarios y la alimentación. Así lo relata una abuela comentando las estrategias de las que se valen en la familia para apoyar las necesidades de la estudiante:

*Cuando tiene ella mucho material para llevar, entonces la mamá la apoya **llevándola más temprano...yo madrugo mucho para hacer y empacar el almuerzo**,...le arreglo el desayuno, la lonchera y todas esas cosas...la mamá y yo en cuanto a eso la hemos apoyado mucho.*

En conclusión, en esta categoría de acompañamiento emocional se encuentra que las familias se valen de una serie de recursos de tipo afectivo, en relación con todas las manifestaciones de apoyo y estímulo, para el estudiante en esta nueva fase. También este apoyo emocional se evidencia en las estrategias de las que se vale la red familiar para promover las circunstancias más favorecedoras en relación con

consejos e incluso asuntos más del orden material, como las adecuaciones de horarios para empacar almuerzos y refrigerios que lleva la estudiante a la universidad; todo esto representa una forma de apoyar el bienestar en su experiencia universitaria.

“...siempre contamos mucho con el tiempo de ella...” Esta cuarta categoría emergente, con respecto a los factores familiares favorecedores de la experiencia del joven universitario, está dada por la capacidad de padres y otros familiares que hacen parte del sistema familiar inmediato, para reconocer y aceptar las nuevas dinámicas a las que se ve enfrentado el joven y disponer de manera flexible, cambios y nuevas adaptaciones. González (2000) y Schmidt (2001) afirman que la adaptabilidad y/o flexibilidad son las habilidades del sistema familiar para modificar las estructuras de poder, los roles y las reglas de relación, en respuesta al desarrollo evolutivo vital de la familia o al estrés provocado por diversas situaciones.

En este ejercicio de flexibilidad y adaptabilidad, se halla que la familia dispone de espacios para compartir juntos, que están acompasados con los nuevos tiempos del joven; surge también la apreciación del joven y de su familia, de mayores niveles de autonomía y responsabilidad personal, como un logro significativo de esta etapa universitaria y el consecuente acomodo de todo el sistema familiar con respecto a esta nueva realidad. Finalmente, se identifica como un factor favorecedor que la experiencia universitaria previa de los padres puede ser un indicador interesante de mejores niveles de aceptación y flexibilidad frente a esta etapa.

Con respecto a la aceptación y flexibilidad, como factor favorecedor, Barg (2004) menciona que la tarea principal de las familias en la etapa de la adolescencia y la emancipación del joven es elaborar, modificar y transformar los roles, para cambiar las estructuras y contribuir al desarrollo de las identidades, creando necesidades y normas nuevas que fomenten un espacio adecuado para la elaboración de dicha etapa.

Para el caso particular de estos hallazgos, una de las adecuaciones que implica a todo el sistema familiar son los nuevos tiempos para compartir en familia, en dos líneas: la primera, en la aceptación de no poder contar con el universitario como era habitual en la familia; y la segunda, adaptándose a sus horarios y disponibilidad. Así lo muestra el siguiente padre:

*Antes de entrar a la universidad **compartimos los fines de semana**; ahora los fines de semana son más para él y sus actividades de la universidad... él ha estado más dedicado a la universidad, a sus amigos o su relación con su novia y pues **digamos que para nosotros está bien.***

Sin embargo, otras familias han encontrado que la mejor forma para conservar los tiempos de compartir en familia es adecuarse a las posibilidades del

estudiante y de esta forma incluirlo siempre en las actividades familiares, como en el siguiente caso:

*Cuando decidimos hacer algo en familia contamos con el tiempo que ella tenga; eso es cuando tenemos una salida familiar... **siempre contamos mucho con el tiempo de ella y que ella sí pueda estar.***

Los padres y familiares participantes de esta investigación, reconocen los cambios que implica para toda el sistema familiar, un acontecimiento externo como la entrada del hijo/a mayor a la universidad, no obstante, en el orden de sus posibilidades de compartir en las dinámicas a las que estaban acostumbrados, logran identificar beneficios colaterales que identifican como parte de su proceso de maduración, en relación a la responsabilidad y autonomía. Así lo reporta una mamá:

*La unión familiar ha cambiado: ella tiene que estar mucho tiempo afuera, ya no la vemos casi y si la vemos la vemos es pegada de los libros o de las maquetas que tienen que hacer; entonces ya obviamente esa comunicación y ese compartir entre todos con ella bajó, pero lo bueno es que **se ha vuelto más autónoma**, es más independiente de mí, la distancia sí nos ha afectado y **sabemos que es algo bueno para ella**, pero obviamente sí se siente.*

*Al principio sí fue un impacto ver cómo ella se empieza a independizar por el cambio de la universidad, entonces **sí nos dio tristeza y nos dolió mucho al verla ya tan alejada de nosotros**, pero sabíamos y entendíamos que era normal pues porque la entrada a la universidad es algo ya más serio; ya le ponemos humor al tema porque sí la sentíamos más alejada.*

Este comentario de la madre, aunque paradójico en tanto que expresa dolor por una comunicación menos frecuente con la hija, también pone en evidencia la valoración que hace ella y la abuela, de las ventajas alrededor de la autonomía e independencia que ambas identifican en las exigencias académicas. Así, cada familia va construyendo un modelo único y particular de comunicarse, acompasado con las nuevas circunstancias de emancipación que supone la entrada a la universidad, que les permite construir una perspectiva más acorde con las necesidades particulares de la joven (Gallego, 2011; Quintero, 2004).

Lo que para los padres y familiares representa un cierto alejamiento familiar que incluso es percibido con dolor por lo que denominan desprendimiento, para los jóvenes universitarios representa la opción de construir una identidad propia, más allá de los linderos de la vida familiar; para ellos significa la oportunidad de vivir la libertad. El joven empieza a percibir su nueva etapa como algo necesario para su desarrollo y es ahí donde comienza a integrar la autonomía y la dependencia. El joven emancipado necesita ser autónomo para llegar a la toma de conciencia que le

permite percibir que empieza a ser “sí mismo” de manera más clara y diferenciada (Ríos, 2005). Así lo muestra un joven:

pues yo la verdad yo me siento mucho más libre ahora que estoy en la universidad que cuando estaba en el colegio... ahora yo siento que es como mucho más libre y decido yo mismo qué es lo más importante que tengo que hacer.

González (2000) plantea que este cambio se da debido a la necesidad que tiene el joven de adquirir mayor autonomía para poder configurar su proyecto identitario. De ahí que las relaciones con él impliquen la adquisición de nuevos referentes; algo que podría denominarse como un segundo momento de individuación. Sin embargo, para que el adolescente pueda facilitar su desarrollo autónomo ha debido interactuar con su primer grupo de socialización, la familia. Es a partir de ahí que se emprende la emancipación pues el joven, al ser consciente de lo que este medio le brinda, puede empoderarse para fijar las directrices de su partida y elegir los referentes parentales, ya sea asumiendo o rechazando sus aprendizajes:

Entonces para mí la entrada a la universidad me ha posibilitado desarrollar mi propio ser, he cambiado mucho en cuanto a la forma de vestir y de actuar ... yo digo cada ser humano es propio de sus cosas y elige lo que quiere hacer o no ... yo me siento muy cómodo entonces es como mi libertad: yo soy así.

Los jóvenes expresan la autonomía en la toma de decisiones sobre su vida cotidiana y su futuro, “en tener libertad para construir su propio mundo y en particular lo relacionado con las amistades, las salidas del hogar y el uso del tiempo libre” (Jiménez, 2003, p.81). Para el siguiente joven, el mundo universitario ha puesto frente a él la oportunidad de tomar decisiones sustanciales sobre su vida social y la manera de vincularse socialmente en el nuevo contexto:

yo creo que la universidad es algo de mucha responsabilidad y entonces uno tiene que decidir porque hay personas que lo pueden retrasar a uno en muchas cosas, entonces yo también pienso que es una decisión importante pues la amistad.

Este testimonio del joven permite adentrarse en otro de los cambios que representa para el joven la nueva experiencia, en tanto que promueve en él, oportunidades para madurar en las decisiones autónomas que toma con respecto a su mundo relacional, pese a que su familia siga operando como acompañante en el proceso. Un papá lo menciona de la siguiente manera:

Le hacemos seguimiento nos interesa saber quiénes son sus nuevos amigos, con quién está, quién es su pareja, nos interesa saber quién es su círculo más cercano... yo he sido como muy respetuoso en esos espacios...

Para una de las madres, es evidente la incursión en una nueva red relacional que, a su juicio, representa una adaptación y es visto como algo muy sustancial, cuando lo define con un alto porcentaje.

Porque pues ya tiene a sus amigos, que si puedo ir con mis amigos a un café a tomar algo, entonces uno pues uno va viendo cómo se va adaptando y va cambiando de un año a otro en un 90%. Entonces han sido muchos cambios.

Todos estos cambios planteados en el acomodo que hace el sistema familia, pasan por situaciones que van desde el orden cognitivo al comportamental, es decir, se encuentra una clara comprensión de parte de los padres y familiares de los nuevos tiempos que demanda la vida académica y de los beneficios colaterales de esta experiencia alrededor de la autonomía y responsabilidad; también el reconocimiento que hacen de la ampliación de la red de amigos.

En el plano de lo comportamental, se encuentran los ajustes del sistema familiar para disponer de los espacios en los que pueda participar el joven universitario, la disposición y el interés de apoyarle y favorecer el mejor bienestar en asuntos como la alimentación, entre otros. Lo anterior supone

la capacidad de la familia para mantener o restablecer un funcionamiento organizando, aun cuando esta organización difiere de la que existía anteriormente. La familia debe poder continuar ejerciendo sus funciones, aunque a menudo esto implique cambios en los roles correspondientes a cada miembro (Delage, 2010, p.95).

Uno de los aspectos que podría considerarse como un elemento favorecedor de esta flexibilidad y capacidad de adaptación está dado por las experiencias previas de los padres. El Centro Nacional de Educación y Estadísticas de los Estados Unidos (2012) ha concluido en sus hallazgos que los estudiantes cuyos padres no poseen estudios universitarios están menos propensos a concluir una carrera universitaria. Muestran en sus estudios que existe un alto porcentaje de los que terminan la escuela superior en un nivel básico o intermedio y sus padres no poseen estudios universitarios, tienden a obtener bajas calificaciones y están en desventaja si acuden a la universidad. Una de las hijas lo manifiesta así:

*Ella me apoya mucho, yo le cuento las cosas y lo bueno es que **como ella también entró a estudiar en la universidad, entonces me entiende mucho más.***

Una madre lo reporta de la siguiente forma:

*A mí me queda fácil comprender y entender muchas cosas, porque como te digo, **yo lo acabo de vivir (experiencia universitaria)**... yo la apoyo y yo entiendo lo que*

ella está viviendo, entonces para ayudarlo pues obviamente con mi esposo que es un poquito más fregado, más jodido y con lo demás uno entiende muchas cosas.

Se podría concluir, de esta manera, que un ambiente familiar que da la suficiente importancia al estudio, a las tareas en equipo, al tiempo que se pasa en la universidad y apoya al joven en su proceso académico, estimulando sus capacidades y habilidades, se convierte en su soporte fundamental, que puede activar con rapidez todos sus recursos y estrategias económicas, sociales, emocionales y culturales para favorecer el desarrollo del proceso de formación profesional de los hijos/as.

En este sentido, Corral y Zallas (2014) encuentran en sus investigaciones que los jóvenes requieren ser escuchados y protegidos por sus padres; al no contar con estos elementos, se desvían por caminos que pueden llegar a afectar no solo su vida profesional, sino también su integridad personal. En cambio, al vivir bajo un entorno de armonía y apoyo mutuo, esto impulsa al joven a mantener su entusiasmo ante la vida y durante la adversidad.

Se podría decir que los estudiantes que reciben apoyo, motivación y ayuda de sus padres en el logro de sus metas académicas, no solo perseveran sino que experimentan un intenso deseo de sobresalir en los estudios y de superar su nivel de vida: “en ocasiones los estudiantes fracasan no porque carezcan de estrategias cognitivas, sino porque carecen de estrategias afectivas de apoyo para desarrollar y mantener un estado psicológico interno y un ambiente de aprendizaje apropiado” (Corral y Zallas 2014, p. 480). Por tanto, es necesario que la familia logre conquistar una “ética relacional”, es decir, la preocupación que experimenta cada miembro de la familia por cuidar de los otros, en la que la afectividad se convierte en el soporte para el desarrollo de otros ámbitos de interacción del joven.

“Ahora le exigimos que se desocupe los domingos”. En los hallazgos de esta categoría se encuentra que, para los jóvenes, los aspectos familiares menos favorecedores están especialmente en la línea del comportamiento social. Con respecto a este punto, uno de los resultados más contundentes en la resistencia que ofrecen los padres frente a los nuevos tiempos que demanda el mundo académico y que le impiden al joven compartir los mismos tiempos y espacios en familia a los que estaban acostumbrados.

Whitaker y Slimak (citados en Delgado, 2007) encuentran que uno de los aspectos que más les preocupa a los jóvenes estudiantes tiene que ver con la presión que reciben de sus padres al no poder cumplir sus expectativas académicas, no obtener las calificaciones esperadas y no aceptar su comportamiento social.

Por otro lado, se identifica que los padres y familiares permanecen en una actitud controladora y vertical en el ejercicio de la autoridad, que resulta limitante no solo para el desarrollo de las actividades académicas y sociales de la vida universitaria, sino en general para el fortalecimiento de la autonomía del joven en su proceso de emancipación.

El bajo apoyo académico de parte del padre aparece solamente en una de las familias, lo mismo que los conflictos provocados por los gastos de matrícula y mantenimiento del joven.

Con respecto a los tiempos y espacios compartidos en familia, el principal hallazgo en este punto es la dificultad parental para aceptar, tal como se dijo anteriormente, los nuevos horarios y ocupaciones del hijo/a universitario. En los siguientes testimonios de un padre y una madre, se muestra además que es una circunstancia que está ocasionando conflicto:

Al papá no le gusta que ella no venga a almorzar a la casa por los trabajos con los compañeros... ya es alegando: "¿por qué no está la hija? por qué no vino?" ...

En ese choque que tenemos cuando digo que esta niña solo se dedicó a estudiar... porque es que uno quisiera que se diera reciprocidad, bueno, yo me preocupo por darle una buena universidad, pues entonces encontrar algo como que ella el domingo dice voy a hacerle el desayuno a mis papas o algo así.

Para algunos autores como Soutullo y Sanz (2010), esta situación cobra sentido también por la etapa en la que se encuentra el joven, pues se producen cambios en los estilos afectivos que empleaban con sus padres anteriormente y en la percepción que tenían de ellos (los desidealiza). Estos autores califican la situación como un proceso doloroso para los padres, ya que sus hijos/as comienzan a cuestionar sus juicios, opiniones y puntos de vista sobre el mundo; incluso pueden encontrarle fallas y rebelarse contra ellos. Un ejemplo de esto es lo que refiere una hija frente a las exigencias de tiempo del padre:

Y empieza una actitud toca maluca [su padre] diciendo que ya no se comparte en familia... es la forma de ser de él todo manipulador... él pretende siempre recibir de mí...

Para algunas familias, la manera como han tramitado esta inconformidad paterna por los tiempos no compartidos en familia es obligando a la hija a organizar su horario en función de las actividades habituales de la familia, en las jornadas dominicales. Así lo manifiesta una madre:

*Siempre salimos un fin de semana a almorzar, vemos cine, damos una vuelta, cualquier cosa, siempre ha sido así los cuatro. Ahora le exigimos que se desocupe y que los domingos en la tarde los siga sacando para compartir en familia **porque que ese día se respeta.***

Barrera (2010) plantea que estos tiempos que los jóvenes desean invertir en actividades académicas y sociales es una condición que adoptan acercándose a un estatus de adulto y provoca un cambio en el ciclo vital familiar que, aunque sea normal, puede propiciar un desequilibrio. Incluso podría pensarse que adoptar medios rígidos para disponer obligadamente el tiempo compartido en familia genera estrés en las relaciones. La capacidad de superar obstáculos de manera exitosa en estos estilos de interacción familiar se torna más lenta e insuficiente para satisfacer las necesidades básicas de la familia (Viveros y Arias, 2006).

Las familias con este nivel de cohesión se caracterizan por una sobreidentificación con la familia, en el sentido de una fusión psicológica y emocional; con exigencia de lealtad y consenso que frenan la independencia, individuación o diferenciación de sus miembros. Los límites generacionales son borrosos, el tiempo, amigos y actividades deben compartirse en familia; es, por lo tanto, el extremo de la alta cohesión familiar.

Otro de los hallazgos en este componente no favorecedor es el relacionado con el control parental ejercido sobre el hijo/a universitario, a través de normas y reglas que se mantienen inmodificadas, pese a que las circunstancias puedan ameritar otro tipo de estructura.

Jiménez (2003) sostiene que los padres y madres tradicionales que son apegados a los códigos, tradiciones y costumbres de la generación en la que fueron educados, presentan mayores conflictos con sus hijos/as por las demandas que ellos hacen en relación con su vida afectiva, sexual, la incorporación en el mundo público, sus amistades y gustos en el vestir. Las siguientes madres muestran en sus testimonios la manera como perciben el hecho de que sus hijos van tomando decisiones por sí mismos y los mecanismos reguladores que utilizan para el control:

*Es maluco porque igual él ya se va sintiendo y aprendiendo hacer como más grandecito y entonces **ya va queriendo tomar una postura de que ellos quieren hacer lo que ellos quieran;** ya si uno les dice tal cosa entonces ya hay más choque.*

*Pero soy yo la que está pendiente, **yo le puedo quemar todo el día el celular,** mientras que él, ya sea independiente, va tener esta mamá maluca.*

Para los hijo/as, esta experiencia del control es vista con diferentes matices; para algunos como el primero que se cita en los siguientes testimonios, significa el costo que tiene que asumir por depender económicamente de sus padres y

vivir en el seno de una familia jerárquica en la que él tiene clara su posición de subordinación. Para otros hijos representa una experiencia desagradable que asocian con la falta de confianza de los padres hacia ellos:

*Yo me siento más independiente y con más responsabilidades, pero también **me siento muchas veces controlada**, como que no confían en mí, entonces eso me molesta porque yo veo que mis compañeros no... Los padres no les dicen eso; antes ellos los llaman a ellos y les cuentan, entonces veo esa diferencia entre las familias.*

*pues a pesar de todo yo digo “pues yo ya tengo 18 años, pero a pesar de todo yo todavía vivo acá y siempre se rige la regla **‘mientras usted viva bajo este mismo techo’...**”*

Para autores como Jiménez (2003, p. 100), “cuando los adultos son autoritarios y se empeñan en conservar sus formas de dominio e imposición, mientras los hijos discrepan de la forma como los padres y/o madres ejercen la autoridad, confrontan esa autoridad y presentan resistencias o se rebelan”. Como figura en estos testimonios, los jóvenes no están mostrando resistencia y conflicto declarado frente a estos modos de asumir la autoridad por parte de los padres; incluso algunos mayores de edad lo manifiestan sin ningún asomo de conflicto o cuestionamiento, probablemente porque han encontrado maneras alternativas de lidiar con el control paterno, como lo muestra el siguiente joven:

*como mis horarios en el colegio mi mamá los conocía y en la universidad no los conoce, entonces **es más fácil que yo pueda ir y volver y hacer las vueltas que necesito sin necesidad de un control de ella.***

Es justo en esta etapa de hijos adolescentes-emancipados en la que se enfrenta un cambio significativo en sus vidas, cuando se hace necesario que los padres hagan una adaptación al estilo disciplinario, en la que se pasa de la autoridad unilateral a la reciprocidad en el trato con los hijos/as y en donde la negociación y cooperación tendrían que jugar un papel protagónico. Así, la flexibilidad implicaría incorporar estilos democráticos, más propicios para el desarrollo de la personalidad de los hijos/as y el apoyo frente a sus capacidades en el contexto universitario. De esta forma, las normas y reglas familiares que se habían utilizado, incluso con buenos resultados, tienen que ser replanteadas y es necesario negociar con los hijos/as en un marco de afecto y apoyo en donde las expectativas de los padres son expresadas de manera clara, en un balance entre el control y la autonomía.

Estas reflexiones sobre la importancia de hacer un balance en la manera como se construyen y se hacen cumplir las normas y reglas en la familia, en función de favorecer la experiencia universitaria del hijo/a mayor, tienen una explicación que resulta un poco contradictoria, pues en algunos padres la justificación que hacen de

dicho control resulta ser el anhelo que tienen garantizar que el proyecto de vida de formación profesional del joven pueda hacerse realidad. Así lo muestra esta madre:

*por eso yo digo que, yo hasta ahorita **no lo voy a soltar**, yo no lo suelto todavía porque yo **no quiero que él se tire la carrera...***

Se entiende de esta forma que, para la madre, parte de su responsabilidad está en el “cuidado” de su hijo, para el cumplimiento de una meta que deja de ser individual, al convertirse en el sueño de todo el grupo familiar. Es interesante señalar que la madre es capaz de reconocer que este estilo puede resultar chocante y vergonzoso para el hijo, pero insiste en que es parte de su responsabilidad parental:

*Yo cuido lo que es mío y lo que me ha tocado; yo no puedo dejar a mi hijo, yo tengo que saber dónde está, con quién está, **yo sé que para él es muy difícil, incómodo y vergonzoso ya en la universidad, pero a mí me toca asumir ese rol, para mí es lo adecuado.***

La suma de reglas y normas a las que se debe someter el hijo cuando tiene que reportar a su madre el desarrollo de su cotidianidad, es lo que Yepes y López (2014) denominan como el eje de la socialización que, en últimas, permite evidenciar las pautas de vida en común que asumen las familias como criterios en la formación. Para algunas de estas familias es necesario una clara diferenciación en las jerarquías en el horizonte valorativo de lo que deberían ser las relaciones entre padres e hijo/as y que tal como se ha venido insistiendo, para el caso de estos jóvenes participantes de la investigación, se convierten en aspectos no favorecedores de su tránsito a la vida universitaria:

*Ese cuento de que la mamá y los hijos deben de ser amigos, eso como que no me cuadra del todo... **se trata de no perder la autoridad**, de que sepan que están hablando con su mamá, su papá y que eso se respeta y que eso no se debe cambiar... **ella sabe que así tenga sesenta años la voy a joder toda la vida.***

Las reglas y normas que gobiernan los sistemas familiares y a cada uno de sus miembros están subordinadas al sistema de creencias de los padres, quienes tal como se dijo antes, no siempre son lo suficientemente flexibles como para permitir una modificación cuando las circunstancias cambian. Así, tal como se muestra en el testimonio de esta madre, los mismos criterios se mantendrán más allá de las circunstancias y edad de los hijo/as. Según Dominici (2003), las normas incluyen los patrones de interacción, la conducta considerada como apropiada, la privacidad y la autoridad dentro del sistema familiar.

Es pertinente resaltar que las normas y las reglas son parte fundamental en el ejercicio de la autoridad en una familia, pero depende de su manejo que pueda

facilitar o dificultar las relaciones o como lo menciona Sánchez (1995, p. 35), “puede posibilitar o inhibir el crecimiento y desarrollo de cada uno de los integrantes del grupo familiar”.

Se hace necesario que con el proceso de adolescencia-emancipación del joven universitario, las normas que resultaron útiles cuando los hijos/as eran niños/as, se replanteen y redefinan en función de las nuevas demandas de los jóvenes: “las normas pueden ser impuestas por los adultos o negociadas, en una dinámica que cambia permanentemente de acuerdo con el tipo de autoridad y con las nuevas necesidades e intereses de los jóvenes” (Sánchez 1995, p.80).

Lo anterior implica un movimiento que no solo involucra a los padres, sino que también requiere que los hijos/as estén en condiciones de madurez que les permita ir demandando otras formas de interacción más horizontales y democráticas. Jiménez (2003) argumenta que “la adolescencia se caracteriza por la búsqueda de la autonomía”; sin embargo, para esta autora esto “trae consigo un temor a separarse de los padres”. Es allí donde se juega la relación de autonomía-dependencia, dado que los hijos/as intentan buscar su autonomía, pero a su vez se asumen dependientes en muchos aspectos. Un ejemplo de esto es el siguiente testimonio de una hija:

*En ocasiones caigo como en depresión, entonces **yo siempre busco como el afecto de mis papás**. Por eso yo digo que soy muy dependiente de ellos, porque cuando estoy así me siento muy sola, y como son con los únicos que yo hablo en confianza, pues busco es el afecto de ellos.*

La manifestación de dependencia que muestra esta hija en una etapa caracterizada por la necesidad de ganar autonomía, se presenta en una sola de las familias participantes de la investigación, pues para el resto de los casos, lo que se evidencia es una gran tensión que al decir de Mestre, Samper, Tur y Díez (2001) está exigiendo al sistema familiar ser ajustado en función del crecimiento y desarrollo evolutivo de los miembros que lo componen.

Es necesario resaltar, por otro lado, que autores como Nardone & Giannotti (2003) mencionan que una familia caracterizada por un modelo hiperprotector en la forma de relacionarse, presenta palabras y gestos paternos que enfatizan en la dulzura, el cariño, la protección y el amor. Es pues, un modelo comunicativo en el cual el adulto interviene y reacciona inmediatamente frente a cualquier dificultad que se presente en el joven; así lo pone en evidencia la madre de la joven citada anteriormente:

*Mi muñeca ha sido muy linda desde siempre; ella es chiquitica, un poco seriota, fría, un poquito seca, **pero ella es mía yo la adoro**, y eso no ha cambiado, no, para nada.*

Por el contrario, cuando los padres y madres son más abiertos al cambio y a las nuevas exigencias sociales, el proceso de socialización se acentúa en la formación ética y la construcción de la autonomía de los hijo/as, pese a que puedan tener dificultades para desprenderse de su papel tradicional y permitirles a los hijos tal autonomía (Jiménez, 2003).

Así, según Inglés et al. (2012), se dotaría paulatinamente al hijo/a de mayor independencia y el control se haría de manera razonable y negociado con ellos. Cuando los padres ofrecen esas oportunidades están promoviendo en sus hijos, "la potenciación de recursos psicológicos tan importantes como la autoestima y la empatía, la percepción de autovalía, el aprendizaje de estrategias adecuadas de resolución de conflictos y la motivación intrínseca por los éxitos y responsabilidades asumidas". (Inglés et al., 2012, p. 179).

En el análisis de estos factores no favorecedores para el joven, en su tránsito universitario, se reconoce en los miedos parentales un elemento que ayuda a la comprensión del marco de significado que tiene para los padres esta nueva experiencia y que de alguna manera se pueden convertir en aspectos explicativos de actitudes que pueden resultar controladoras para el joven. Así lo relata una abuela:

A mí me da miedo que tantos peligros en todos lados, de vicio, de muchas cosas que le pueden inculcar; ella me dice: "no, abuela, yo pongo mucho cuidado y no me dejo enredar"

La preocupación no la deja uno; siempre le hecho cincuenta mil bendiciones, la llevo hasta el ascensor y le doy cincuenta mil recomendaciones...

Los anteriores comentarios ponen en evidencia una vez más que el sistema familiar funciona de manera interrelacionada, es decir, cualquier movimiento en uno de sus miembros tiene implicaciones y resonancias en los demás. Para esta abuela, por ejemplo, el ingreso de su nieta a la universidad representa un cúmulo de emociones que pormenoriza en razón del miedo por los peligros que ella entiende como colaterales al mundo universitario. Sin embargo, se vale de recursos como los consejos y las ayudas espirituales para ayudar a su nieta.